

La capellanía atea y el laicismo

Hay debates sociales que se enconan innecesariamente. La discusión se convierte en un campo de batalla que cada parte llena de parapetos dialécticos, trincheras silogísticas, agravios comparativos y minas en forma de eslóganes furibundos que acaban por arrinconar y oscurecer el posible consenso y el bien común que –supuestamente– se buscaba. Esgrimir entonces la benevolencia como solución parece, incluso, de mal gusto: como ponerse poético cuando se habla de dinero. Y sin embargo, ahí está no pocas veces la llave que puede desembrollar el asunto.

Algo parecido me parece que ocurre con el tema de las capillas en los hospitales públicos. Mucho se ha hablado de la aconfesionalidad del Estado, el dinero público, el concordato, los privilegios de un credo sobre los demás, etc., y casi siempre con un tono poco conciliador. Y, de pronto, aparece una “capellanía atea” en un hospital público, que se presenta no como “antinada” sino como un servicio para determinados pacientes que lo solicitan, y el acuerdo ya no parece tan lejano.

Ha ocurrido en Inglaterra. *The Guardian* publicaba hace unas semanas un [reportaje](#) sobre la labor de Jane Flint, la primera “asistente espiritual no religiosa” en el país. Flint trabaja desde hace dos años en un hospital de Leicester, codo con codo con los demás capellanes: uno cristiano, uno hindú, uno musulmán y otro sikh. Cuenta que los pacientes que atiende le agradecen mucho su labor. También acude a las llamadas de personas con fe que quieren su compañía, al igual que los otros capellanes hablan con enfermos ateos.

“Se trata simplemente de estar ahí. Pero el asunto es que te conozcan. Los pacientes no te pueden llamar si no saben que existes”, dice Flint, pero podría decir cualquier otro capellán. “Saber que hay alguien con mis mismas creencias dispuesto a hablar conmigo y venir a visitarme es maravilloso, cambia el tiempo que te queda en el hospital”, dice un enfermo no creyente, pero podría decir otro cristiano, o musulmán o hindú. Estas declaraciones muestran que la cuestión de la incompatibilidad entre el espacio público y la religión (o la no religión, que es otro tipo de creencia) se resuelve en gran medida apelando a la benevolencia –querer el bien para el otro– y la búsqueda del bien común, más que con intrincadas disquisiciones sobre el Estado laico y aconfesional.

Arrecifes eternos



En una conferencia sobre la secularización que oí hace años, un profesor alemán señaló los efectos del fenómeno en el ámbito funeral. Porque desconocen el lenguaje religioso o no creen en la vida eterna, muchos no saben qué poner en una esquela. El materialismo es de poca ayuda en esa tesitura. Sería descortés decir del difunto que ha desaparecido para siempre y que de él solo permanecen unos efímeros restos compuestos de moléculas próximas a disgregarse, aunque eso sea justo lo que uno piensa. Y fácilmente se cae en el tópico vacuo, la poesía barata, las frases rebuscadas o cursis.

También en un entierro o una incineración, si no se reza, puede producirse un incómodo vacío. Algunos intentos profanos de solemnizar el momento resultan fríos o extravagantes.

Buscando un modo de dar contenido a unas exequias donde está ausente la trascendencia, se ha dado con la veta ecológica. Norteamericanos acomodados se encargan [sepelios submarinos](#) de 5.000 a 7.000 dólares. La gracia está en que sus cenizas serán mezcladas con cemento para hacer una bola —“perla” la llaman— que se engastará en una estructura como las de la foto. Sumergidas cerca de la costa por sepultureros buzos, servirán de base donde se fijen corales que crearán un próspero hábitat para muchas otras especies. La empresa líder del sector se llama Eternal Reefs, nada menos. Anuncia sus servicios diciendo que sepultarse así es hacer “una donación al medio ambiente y a las generaciones venideras”.

Estas ecotumbas abren nuevos horizontes a la retórica fúnebre secular. Según un directivo y fundador de Eternal Reefs, los padres podrán llevar a los niños a la orilla del mar y consolarlos con estas palabras: “El abuelito no volverá, pero mirad lo que va a hacer. Es algo muy grande”. En la esquela podremos decir que nuestro ser querido mora en los arrecifes eternos o se ha hecho simiente de corales, o cosas por el estilo.

Naturalmente, es todo metáfora. En realidad, lo que contribuye a regenerar la vida marina no es el abuelo ni sus cenizas, sino la estructura de cemento. Frente a esta postiza eternidad de coral, los ritos funerarios cristianos afirman una de verdad. Y si uno no cree en ellos, al menos podrá decir que no son horteras.